

LA MUJER EN LA OBRA «EXAMINARSE DE REY» O «MÁS VALE FINGIR QUE AMAR»

Nieves GÓMEZ LÓPEZ

Mira de Amescua, dramaturgo del Siglo de Oro, es un defensor claro de la mujer en la obra *Examinarse de rey* o *Más vale fingir que amar*, como la mayoría de sus compatriotas. No obstante, existe una suave brisa antifeminista, como veremos más tarde.

Tres figuras femeninas tejen su obra. El primer título, *Examinarse de Rey*, da a entender una producción eminentemente masculina, pero nos equivocamos, ya que son las féminas la clave para desenredar el ovillo de la trama. ¿Cómo son sus mujeres? ¿De qué situación social gozan? ¿En qué consistía su educación? ¿Y su psicología? ¿Qué opinan del amor? Las respuestas a estas cuestiones intentamos darlas a continuación.

LA NOBLEZA

La mujer de clase social noble es la que ilumina esta obra. La infanta Margarita, la protagonista, sobrina del rey, representa a la dama aristocrática y bondadosa, pero no por ello carente de inteligencia. Porcia e Isabela son dos damas cortesanas que cuidan y acompañan a Margarita. Son una especie de «guardianes domésticos», como dice José Deleito Piñuela¹, refiriéndose a una costumbre arraigada en España por la poderosa influencia árabe. Los extranjeros se impresionaban de este hábito, ya que sus féminas disfrutaban de mayor libertad².

¹ *La mujer, la casa y la moda en la España del rey poeta*, Madrid, Espasa Calpe, 1946, p. 17.

² *Ibidem*, p. 18.

No es extraño que Mira dibuje tan certeramente y con tanta agudeza de ingenio, en esta obra, la nobleza y la psicología femenina española e italiana; por su condición de sacerdote, debió conocer bastante bien a la mujer a través del confesionario; además, fue capellán de la Capilla Real de Granada y poeta del grupo literario del conde de Lemos, nombrado virrey de Nápoles en el año 1609.

Hombre y mujer durante el siglo XVII se hallaban en mundos distintos, es decir, no poseían igualdad de condiciones. El rey de esta comedia que tratamos refleja muy certeramente este hecho social cuando afirma: «Hembras, damas, no quiero / usurpar jurisdicción / que es vuestra» (vv. 1077-1079). Y así era. Por ejemplo, ella comía separada del marido, si era casada, y sus pasatiempos consistían en rezos, misas y visitas a sus amigas. Las entrevistas amistosas se hacían en domingo o en día de fiesta por la tarde, y como medio de locomoción utilizaban carroza cerrada o silla de manos. Si dos damas salían juntas de un mismo lugar debían hacerlo por separado, aunque fuesen al mismo destino. La incultura y la consiguiente frivolidad conformaban el ambiente femenino de este siglo, aunque existía un escape cultural para la mujer.

LA EDUCACIÓN

Margarita debió de recibir una educación semejante a la ya mencionada anteriormente. No había sido una educación —como diríamos hoy— muy completa, lo cual deducimos de sus intervenciones en las que intenta hacer alarde cultural; pero tampoco era una ignorante: sabía escribir (v. 2205), e incluso conocía bien la geografía (vv. 2548-2598). Normalmente, una doncella noble sabía recitar versos, cantar, bailar y tocar varios instrumentos. Margarita también nos muestra su vena lírica cuando monologa sobre el amor en los versos 279-333. Las damas incultas vivían en un mundo alejado de la realidad, fantástico, idealizado, lleno de caprichos y antojos, respaldados por

los hombres, algunos de los cuales perdían su fortuna en esta empresa de agradar a la dama. Solamente las que como la infanta poseían ciertos conocimientos, se acercaban más a la realidad y se sentían algo libres, más persona, más igualadas al varón, hasta el punto de que el rey, tío de Margarita, le pide ayuda para averiguar cuál de los dos sobrinos es su auténtico hijo. En otras ocasiones su cierta madurez le hará decir palabras mayores como: «...el tiempo es el que tray / los desengaños. No hay / en solo un acto espيريا» (vv. 902-904).

Porcia e Isabela también gozaban de una cierta formación cultural: Isabela, incluso, sabe cantar (vv. 1438-1446 y 1451-1454).

LAS HABITACIONES DE UNA DAMA

Nuestras prestigiosas doncellas vivían en palacio. La Infanta Margarita solía pasar las largas horas del día en su estrado (v. 476). Por regla general, en una casa palaciega había varios estrados, según Deleito Piñuela³: el primero, la habitación «de mero respeto», o dormitorio; el segundo o estrado «de cumplimiento», destinado a las visitas; y el tercero, llamado «de cariño» o tocador, donde recibía a los amigos más íntimos y donde guardaba los objetos y productos de maquillaje (o mudas). Los dos primeros estaban decorados por tapices flamencos e ingleses, alfombras de Oriente, sillas exquisitas, jarrones, espejos y todo tipo de objetos lujosos. El segundo era más suntuoso aún, y solía tener una barandilla que dividía la estancia en dos partes: un estrado levantado sobre una tarima de madera o corcho y engalanado con cojines de terciopelo o de damasco, donde se sentaban las damas; el otro lado de la barandilla estaba destinado a los hombres, que se sentaban en suntuosas sillas si eran nobles, o en taburetes si eran de nivel inferior. El sexo masculino no tenía acceso nada más que al estrado de

³ *Ibidem*, p. 90.

cumplimiento en contadas ocasiones. En nuestra comedia, el Infante Carlos se cuela, al parecer, en el estrado «de mero respeto» de la Infanta, rompiendo la norma social de derecho a la intimidad. Ella le impera rotundamente «Salid Carlos, al momento / de mi cuarto: razone» (vv. 1279-1280). En cambio, Domingo, el sirviente bobo de palacio sí tiene acceso fácil al estrado de Margarita. Y es que, normalmente, los criados podían entrar en las habitaciones de sus señoras, y cada vez que lo hacían hincaban una rodilla en el suelo.

Otro elemento totalmente identificable con la arquitectura cotidiana para una dama del siglo XVII era la cancela y el balcón. Tras ellos las damas se ocultaban para no ser vistas mientras escuchaban conversaciones de su interés. La infanta también se esconde tras una cancela para juzgar a los dos examinados al trono y a su amor (v. 1440).

MALDADES Y ENGAÑOS

Las relaciones entre Margarita, Porcia e Isabela están basadas en la confianza y el respeto. Se tratan de *tú* (v. 791), como se solía hacer entre las damas de esta época. A veces, Porcia e Isabela, se dirigen a su señora llamándola «Vuestra Alteza» (v. 785). Dicha familiaridad no significaba franqueza, pues las damas no van a corresponder honradamente a la amistad que les brinda la infanta. Ambas tienen intereses ocultos: una ama al príncipe Federico y la otra al Infante Carlos. Es más, van a intentar persuadir a su señora para que no se enamore ni del uno, ni del otro (vv. 425-434 y 520-530). Porcia es la que más activa y pícaramente intenta ganarse el amor del príncipe; pero éste ama a Margarita. Aquella, al verse descubierta por Margarita (vv. 1380-1396) maldice al amante: «¡fiero basilisco...! / ¡Sirena engañosa!». Su maldad no se detiene aquí, también ataca con su lengua viperina a la infanta, a sus espaldas, llamándola impertinente (v. 1425). Porcia, en conclusión, pertenece a esa clase de mujeres que utilizan la maldad y

la sensualidad como armas para conseguir lo que quieren⁴. Si Porcia es una de las dos notas antifeministas que crea nuestro poeta en *Más vale fingir que amar*, Margarita es el profeminismo personificado: es la mujer virtuosa, bondadosa, inteligente, en busca de la verdad, del amor.

EL AMANTE Y EL CÓDIGO DEL AMOR

En nuestra comedia hay dos galanes, el príncipe Federico y el infante Carlos. En el medievo, era costumbre que el caballero invitado por el dueño del castillo galanteara a la señora o «castellana», hábito que perdurará aún en la literatura del Siglo de Oro. Los galanes de nuestra comedia son así mismo conducidos a palacio. Allí la primera dama es la Infanta, pues el rey es viudo. A ella, que tendrá una doble misión, reconocer cuál es el auténtico hijo de su tío, el rey, y cuál el verdadero amante con quien se ha de casar, le hacen la corte. Como la dama conocía el código del amor, que se asemejaba enormemente al del amor cortés, pone en práctica sus gestos y sus armas más eficaces, comenzando por tirar el guante al suelo ante los dos competidores (v. 447), lo que, en definitiva, es tanto como decirles que pueden empezar a competir por su amor. La coquetería despierta el instinto de la pasión en el hombre y lo convierte, por un lado, en el más humilde servidor de la dama y, por otro lado, en el más «inobediente» paradójicamente: ella lo sabe, insistimos, conoce perfectamente las pautas del juego amoroso (vv. 1194-1197):

Quiero hacer una experiencia:
que dicen que despedido
un galán, cuando ha querido,
es amor la inobediencia.

⁴ Antonio Serrano de Haro, *Personalidad y destino de Jorge Manrique*, Madrid, Gredos, 1975, p. 123.

Hasta que no han descubierto el amor (representado en la dama), no han sabido lo que es vivir, y a partir de ese momento desean servirla para siempre (vv. 441-447):

PRÍNCIPE

Podré decir que hasta agora
no es vida la que he tenido
no habiéndote conocido.

INFANTE

Yo podré decir, Señora
que ni a un alma con razón
este cuerpo conducía
cuando no te conocía.

No obstante, la mujer no va a ser muy generosa con él, le va a hacer sufrir y el único escape cortés que le va a quedar al amante ante el sufrimiento será la muerte. Con ella la amenazarán continuamente (v. 811, vv. 2249-2252; vv. 2264 y 2665, etc.). En efecto, la muerte de amor convierte a nuestros galanes amescuanos en amantes mártires medievales, en cierto modo; por eso nadie se va a impresionar al oír decir por boca del Príncipe en los versos 810 y 811, refiriéndose a Margarita: «pues eres juez supremo / que me has de dar vida o muerte». Insistimos, los espectadores conocían ese lenguaje tradicional provenzal, en el que si el amor es la vida, el desamor es la muerte. La literatura romántica posterior estará invadida por esta idea. Es un «motivo filosófico y metáfora erótica al mismo tiempo», afirma Serrano de Haro⁵.

VIRTUD, BELLEZA Y CRUELDAD

De la discreción de una dama como Margarita dependerá su fama y su virtud. Isabela se lo recuerda, aunque busca su propio interés: «Vuestra presencia se alaba / en Nápoles: no arriesguéis, / señora, tan grandes famas / hablando a Carlos» (vv. 851-854).

⁵ *Ibidem*, p. 398.

La situación social y moral de una mujer honesta y noble como Margarita la lleva a mostrar públicamente su incomodidad al oír «lisonjas cortesés» (v. 448) de parte de sus pretendientes; pero en el fondo, su ofensa era una apariencia, una farsa, ya que todas las mujeres «tenían a gala y estimaban como tributo a sus méritos toda proposición contraria a su virtud, aunque no pensaran aceptarla»⁶. Margarita sabe que hay que distinguir entre el galanteo y el amor, pero duda ante los requiebros de los dos amantes: «¿es fineza de lealtad / o es amor?» (vv. 790-791). Para responder a esta cuestión, damas y señora, pondrán en marcha toda una tramoya y artimañas (enredos, juegos de palabras, sueños, ficciones, etc.). Podemos ver este gran espectáculo femenino —sobre todo— en los versos 2547-2599; 2619-2667; y 2674-2727.

A la dama se la empieza a amar por los ojos, ventana que muestra su beldad. Poetas anteriores a Amescua, los cortesés, quedaban fascinados al contemplar a su señora; y no olvidemos al maestro Petrarca, que enriqueció todo el bagaje trovadoresco y que contagió toda la poesía amorosa de los siglos posteriores al medievo. A Carlos y a Federico, sobre todo, les ocurrirá lo mismo: quedarán atrapados por la hermosura de Margarita (vv. 493 y 504) y comenzarán a adorarla como si de un dios se tratara (vv. 1468, 1471, 1474-1478, 1500-1503, 2190, etc.). Margarita, símbolo de la bondad y de la honestidad —como dijimos— se muestra diferente en el amor, esto es, unas veces desdeñosa («El que adora no me agrada», dice Margarita en el v. 876), otras como «juez supremo» (v. 810) rozando la divinidad, que ha de dar la vida o la muerte al amante (pues si el amor es la vida, el desamor es la muerte). Se trata de la «dame sans merci» del amor cortés unos siglos después, que revela su antimachismo con una canción (vv. 1443-1446) cantada por boca de Isabela: «Todo amor es invención, / engaños son las finezas. / No hay hombre firme en el mundo, / no hay hombre que ame de veras».

⁶ José Deleito y Piñuela, *op. cit.*, p. 61.

El infante Carlos, al escucharla, se va a rebelar. De sus labios brotará la segunda nota antifeminista de *Examinarse de rey*: a Isabela la llama «mentirosa» y «necia» (vv. 1456) y a la mujer en general la define así: «Válgate Dios la mujer; / cuál es el favorecer / a uno pide y a otro da» (vv. 1790-1792). ¿Qué está ocurriendo? Muy sencillo, aparentemente, el orgullo (el machismo dicen otros) del hombre español, apasionado por naturaleza, la vanidad que le supone su primacía en la creación, brota. Pero como su interés no es la mujer —es el falso amante— sino el trono, y a él accederá por elección de Margarita, se retrae en unos versos posteriores diciendo que «es mentirosa la letra» (v. 1466) y que «es ángel la que canta» (v. 1465). Y es que el galán, al conocer también a la perfección las reglas del amor, sabe que uno de los caminos para conquistar a la mujer es el empleo de un lenguaje contaminado de palabras dulces y sonoras. Carlos, el enamorado fingido, es mejor orador que el Príncipe Federico, el que ama de veras, y Margarita cae rendida a sus pies (vv. 1495-1517).

TEORÍA DEL AMOR

La misma Margarita da su opinión sobre el amor. En primer lugar, el amor debe ser «discreto», «galán» (vv. 1495-1517). En segundo lugar, lo considera una enfermedad: «...Tú amas, una enfermedad tenéis» (vv. 854-855). Estamos ante un cliché, una de las metáforas medievales más conocidas. Y es que eso de la pasión o del amor —como queramos llamarlo— les parecía realmente una enfermedad angustiosa, cuya primera fase es ansiedad y placer transcendente, pero puede acabar matando. Y, en tercer lugar, no hay más que un amor de verdad: el «amor honesto» (v.1414) y sincero, que es «virtud» (v. 1415) en una dama y es sinónimo de obediencia por parte de la misma (v. 1201). En cambio, el secreto en el amor, afirma Margarita, lo «hace sospechoso» (v. 1416). Margarita se está enamorando de ese juego amoroso que le ofrece Carlos

(vv. 2024-2074), cuyo secreto es la forma, las palabras galantes e ingeniosas obtenidas de un código amoroso sobradamente conocido. La infanta cae rendida a los pies del falso enamorado, y en ese momento mágico, muere la dama cortés, la «dame sans merci» y surge, como el ave Fénix de las cenizas, en esta ocasión del engaño, la auténtica mujer, la dulce, la agradecida, la que da, la que ama. Lo dice bien claro la infanta: la mujer debe ser «agradecida» (v. 752). ¿Y qué mayor agradecimiento que donarle el trono de su tío y su cuerpo y su alma en matrimonio? Domingo, el bobo de palacio, abre los ojos a su señora: «las apariencias engañan» (vv. 2116 y 2071-2078), le avisa. Y mostrándose como el más inteligente, la pone al corriente de la falsedad de Carlos y de la honradez de Federico, el auténtico hijo del rey y el fiel amante, al que ella había oído sin escuchar. Este vence al infante, por un lado, en la lucha por el trono y por la dama a causa de su integridad; y a Margarita, por otro lado, por ser él mismo, por no fingir, por su ternura y discreción. La infanta, mujer práctica e inteligente, como ya vimos, obsequia al príncipe heredero con un anillo y con él se sella su amor y su futuro matrimonio.

En resumidas cuentas, el amor (la verdad) hace libres a Margarita y al Príncipe; en cambio, el desamor (el engaño) esclavizan a Carlos y a Porcia, que son obligados a unir sus vidas.

Para terminar, tres o cuatro reflexiones más. La primera, que nuestra obra se acerca mucho a los debates de psicología amorosa de tono cortés que estuvieron tan de moda durante el Siglo de Oro en las tertulias y certámenes literarios mixtos. La segunda, que la mujer es el hilo conductor del amor. Amescua, es cierto, la hace muy distinta de una serpiente engañosa convirtiéndola en un ser triunfador sobre el mal, en un símbolo del amor y de la verdad (como la Virgen María). Se perfila, en tercer lugar, una mujer que participa en la política y que, además, puede elegir a su marido. Esto es una forma de resaltar la dignidad y la igualdad de la mujer, cuestiones nada frecuentes entonces. Y por último, si el otro título

con que se conoce esta comedia que nos ha ocupado es *Más vale fingir que amar*, la moraleja que se desprende de la misma más bien trastocaría el título en «más vale amar que fingir», pues quien ama es recompensado, alcanza la felicidad, y quien miente, se engaña a sí mismo para acabar siendo víctima y, más aún, esclavo de su propio (y muy reprochable) comportamiento. Este es, en definitiva, el mensaje cristiano que tan hábilmente presenta en esta obra Mira de Amescua.

